

Magritte en México

Imagen invisible, pensamiento visible

Roxana Velásquez Martínez del Campo

En el panorama artístico de la primera mitad del siglo xx, René Magritte ocupa el lugar de un teórico del arte y pintor conceptual que abrevó de los vasos comunicantes que existieron entre el *Dadá* y el Surrealismo, aunque sin perder contacto con el Renacimiento o el Barroco. Sus imágenes, ahora propagadas alrededor del mundo, de primera mano parecieran ser de una obviedad cotidiana y, sin embargo, ocultan tesis sobre el arte, la filosofía y el pensamiento humano.

La exposición del Palacio de Bellas Artes, *El mundo invisible de René Magritte*, reúne, por vez primera en nuestro país, un conjunto sobresaliente de ciento cincuenta obras, entre pinturas, dibujos, fotografías, portadas de partituras y películas realizados por este grande del arte. Los óleos y dibujos exhibidos se asocian a los géneros tradicionales de la pintura, tales como el paisaje, el retrato, la naturaleza muerta e incluso la alegoría, mismos que Magritte hace suyos y los transforma en manifestos del propio discurso estético. La selección muestra un abanico que inicia en 1924 y concluye en 1966, un año antes del deceso del creador. Es así que encontramos representadas las distintas etapas de su producción, gracias a lo cual se hace posible el entendimiento de sus reflexiones y planteamientos estéticos, al igual que sus exploraciones sobre la realidad y la ilusión: los constantes

cuestionamientos acerca de la relación entre el objeto real y el pintado, o la asociación entre lenguaje e imagen, con lo que devela la artificialidad del arte de la pintura. Aunado a ello, se advierte la representación del cuerpo humano, o sus fragmentos, y la metamorfosis arbitraria de objetos inesperados en espacios peculiares.

El acercamiento teórico de Magritte hacia la pintura, también prevaleció en la fotografía; más por su potencial mecánico para transformar luz y sombra en imagen, que por su calidad de herramienta reveladora de verdad. El grupo de cincuenta y cinco fotografías pertenecientes a la colección de los Museos Reales de Bellas Artes de Bélgica documenta aspectos biográficos del artista, captado en repetidas ocasiones con su inseparable esposa Georgette, y denota su cercanía con este medio de reproducción que lo llevó a entablar amistad con Man Ray y Marcel Mariën, entre otros.

El hombre del bombín negro, cuya silueta es recreada una y otra vez, encierra el perfil característico del artista de vanguardia, acostumbrado a participar en las veladas del círculo intelectual de los dos centros urbanos que habitó: Bruselas y París. Además de la maqueta de la Galería Giso, donde presentó su primera exposición individual al volver a Bruselas en 1930. Dentro del elenco se incluyen portadas de partituras con imá-

genes reminiscentes del *art nouveau* que aluden a sus inicios como publicista de principios de los años veinte, cuando realizó carteles y anuncios como medio de subsistencia. La selección de fragmentos fílmicos da cuenta de la pasión del artista por el cine, la música y la literatura, como se puede apreciar en las obras inspiradas en fragmentos de John Milton y Georges de Santayana.

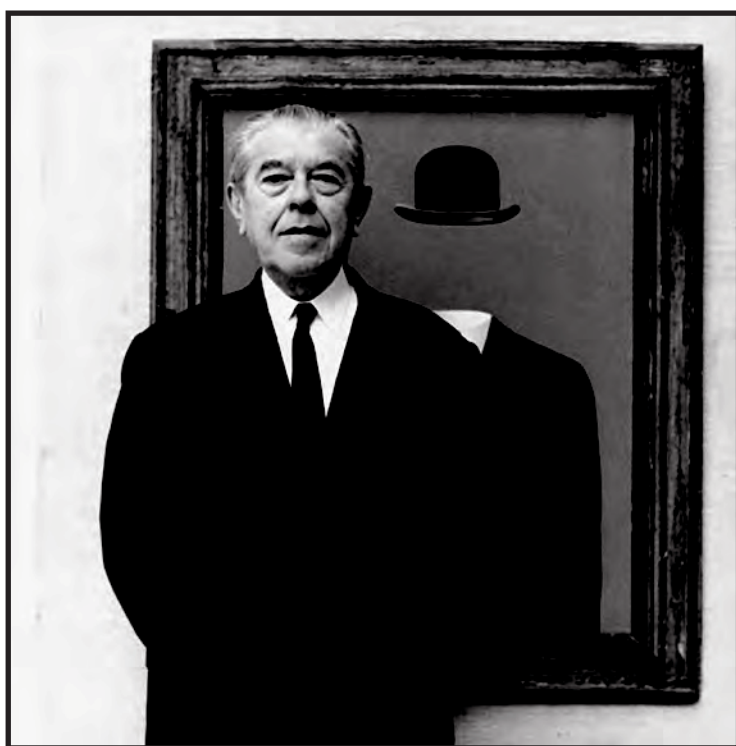
Las imágenes de Magritte son más fáciles de ver que de explicar, plantean problemas conceptuales que nos atrapan de manera inmediata en el juego de la interpretación. El catálogo de la exposición del Museo del Palacio de Bellas Artes reúne los ensayos de cinco especialistas en Magritte: Michel Draguet, Teresa del Conde, Pierre Sterckx, Nicole Everaert-Desmedt y Claude Goormans, quienes consagran distintos acercamientos teóricos, y coinciden en la imposibilidad de dar una interpretación final a la obra del belga, al tiempo de evidenciar lo irresistible de este ejercicio.

El surrealismo de Magritte ofrece particularidades que lo distinguen de otras variantes, como el automatismo y la pintura fantástica que han dado frutos extraordinarios a la pintura mexicana. Los puntos de contacto entre México y el surrealismo han provocado y continuarán dando pie a múltiples investigaciones. Como es de todos conocido, la visita de André Breton a México, junto con la *Exposición Internacional del Surrealismo* de la Galería de Arte Mexicano en 1940, incorporó nuestro país al circuito internacional del surrealismo, y con ello a pintores mexicanos que coincidían con sus principios estéticos: Roberto Montenegro, Antonio Ruiz, Carlos Mérida y Frida Kahlo, entre otros. El éxodo de artistas e intelectuales europeos hacia México fue, sin embargo, factor determinante para definir la presencia

del surrealismo en nuestro país, que durante la década de los treinta y cuarenta propició el acogimiento del influjo extranjero. Figuras como el excéntrico coleccionista de origen inglés, Edward James, quien fuera amigo de Magritte y modelo para tres de sus más fascinantes retratos, fue uno de los personajes que contribuyó de manera significativa a crear y promover la atmósfera surrealista de México hacia el exterior. Habitó, alternadamente, entre Europa y la extravagante casa que construyó en Xilitla, San Luis Potosí, conocida como “Las Pozas”, y que se ha convertido en un icono de la arquitectura internacional.

Organizar la muestra *El mundo invisible de René Magritte* fue sin duda un gran reto. Además del significado que ostenta entre los conocedores del arte, su obra se encuentra diseminada en múltiples latitudes y, por lo general, ocupa un espacio privilegiado dentro de las colecciones. Fue preciso conformar un comité académico que contó con el apoyo de la Fundación Magritte, presidida por Charly Herscovici, propietario del legado del artista, quien se entusiasmó desde un principio con la idea de una primera exposición en México; y de Michel Draguet, director de los Museos Reales de Bellas Artes de Bélgica y del Museo Magritte. El contenido de la muestra se nutrió, además, de un importante conjunto de catorce piezas de la Colección Menil en Houston, espacio museístico que conserva un importante acervo de su obra.

Magritte ha logrado atrapar la atención de neófitos y especialistas en diversas ramas del saber quienes, avocados a descifrar ciertas claves de su iconografía y a desentrañar sus misterios, lo han convertido en sujeto de interés universal.



René Magritte fotografiado por Lothar Wolleh en Bruselas, 1967



René Magritte, 1962



René Magritte

p. 41
El canto de las sirenas (Le chant des sirènes)
 Óleo sobre tela, 46.4 x 36.2 cm
 1952
 Colección Menil, Houston



Golconda (Golconde)
 Óleo sobre tela, 80 x 100.3 cm
 1953
 Colección Menil, Houston



El beso (Le baiser)
Óleo sobre tela, 59.2 x 77.2 cm
1951
Museo de Bellas Artes, Houston



Las aguas profundas (Les eaux profondes)
Óleo sobre tela, 65 x 50 cm
1941
Colección particular



El mundo invisible (Le monde invisible)
 Óleo sobre tela, 195.6 x 131.1 cm
 1954
 Colección Menil, Houston



“Aquellos que no recuerden el pasado están condenados a repetirlo”: George Santayana
Gouache y lápiz sobre papel montado en cartón, 34 x 24.2 cm
1962
Colección Smithsonian American Art Museum



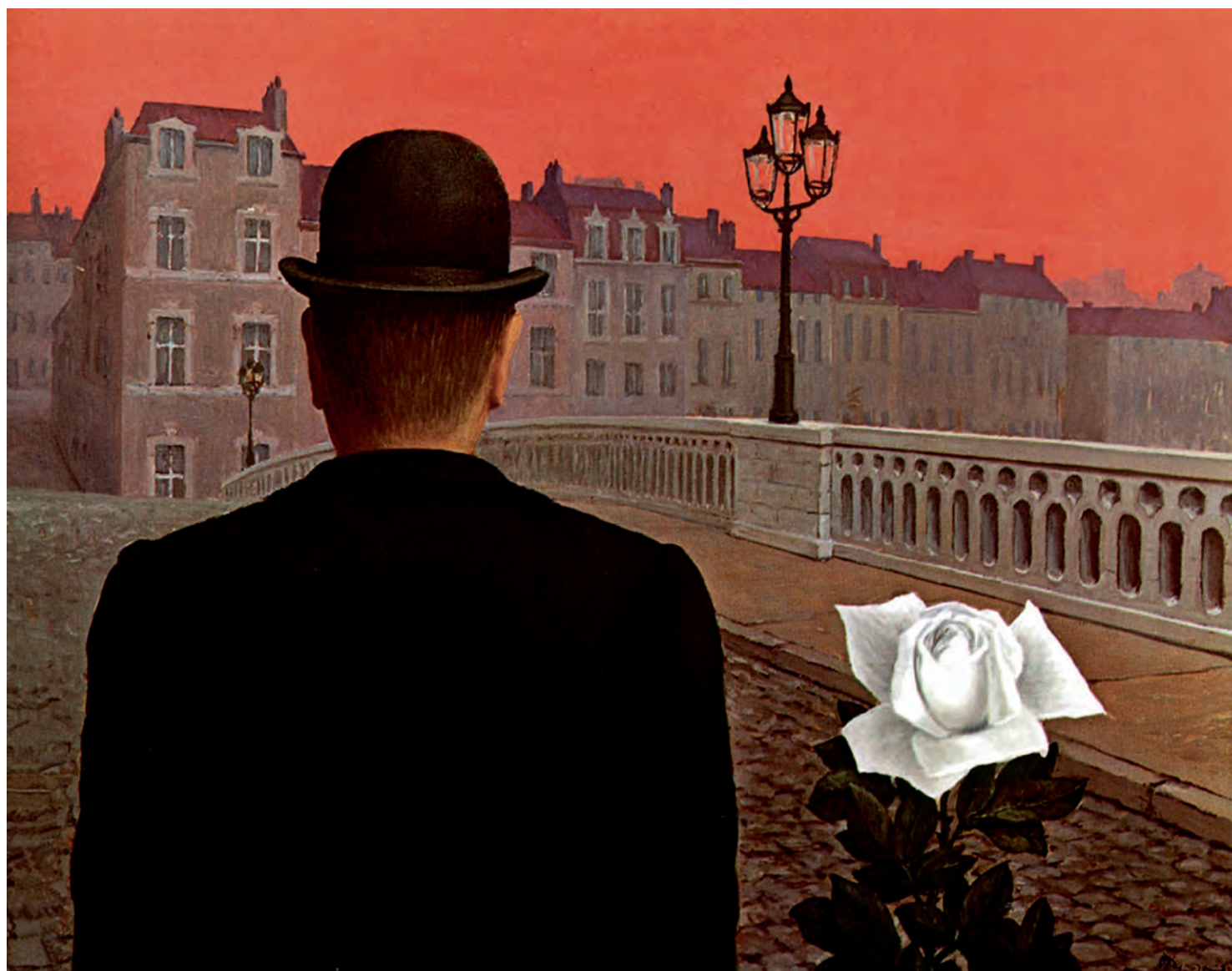
La firma en blanco (Le blanc-seing)
Óleo sobre tela, 81.3 x 65.1 cm
1965
Galería Nacional de Arte, Washington



El paisaje de Baucis (Le paysage de Baucis)
Óleo sobre tela, 55.6 x 45.7 cm
1966
Colección Menil, Houston



La gran guerra (La grande guerre)
Óleo sobre tela, 81 x 60 cm
1964
Colección particular



La caja de Pandora (La boîte de Pandore)
Óleo sobre tela, 45.4 x 54.9 cm
1951
Galería de Arte de la Universidad de Yale